

CARTA ABIERTA
AL
PRESIDENTE
DE LA
FEDERACION DE ESTUDIANTES
DE LA
UNIVERSIDAD CATOLICA
DE CHILE

www.archivobaparticioaylwin.cl

Santiago, 28 de Junio de 1968

Señor Rafael Echeverría
Presidente de la Federación de Estudiantes
Universidad Católica
Presente.

Estimado señor Presidente:

Bajo el título de "Hacer la Reforma", la Federación de Estudiantes que usted preside, se ha dirigido a los miembros de la Universidad, llamándolos a que escuchen la voz de la juventud y acepten su impulso de renovación, para hacer posible la Reforma, y evitar un encuentro conflictivo y estéril.

Hay algo en lo que ustedes dicen, que abre de nuevo una esperanza. Quiero pasar por alto, por ahora, la vehemencia con la que siguen condenando a todos los que no coinciden íntegramente con ustedes, y hacerme eco tan sólo de lo que veo como una inquietud sana y profunda: entre tantas votaciones y declaraciones, maniobras y contramaneobras ¿dónde está quedando la Universidad? ¿dónde están quedando las posibilidades de una Reforma verdadera? Sin otro título que el emanado de mi devoción a esta tarea de todos, quiero dar respuesta a su llamado.

Detrás de muchas de nuestras polémicas de ahora, se esconde una incertidumbre: ¿qué piensa cada cual sobre lo esencial en la misión y sentido de la Universidad? Tenemos que preguntarnos por el espíritu que pedimos para la institución universitaria, porque ésta estará renovada sólo cuando sea nuevo el espíritu que la anime: ese día sus frutos, serán nuevos también. Pero no es posible confundir renovación y cambio. La muerte, el envilecimiento, la degradación, son también cambios, pero no son los que buscamos. Hacer las cosas de nuevo significa arraigarlas firmemente en una mirada original, que recupere y revele su sentido. Pienso que al plantear ustedes una "perspectiva reformista", plantean la necesidad de esa mirada. Es en ese contexto en el que creen que "cambiar la Universidad es ligarla al proceso de la revolución lati-

3

noamericana y a sus concretas manifestaciones en nuestra Patria". No tendría objeto esta carta, si yo interpretara estas palabras como un llamado a amarrar la Universidad a formulaciones políticas, y menos a transformarla en un centro más de intereses y poder dentro de las luchas partidistas contingentes. Pienso en cambio que ustedes responden al hecho trascendente del despertar de América Latina a su sentido histórico y a su perdida unidad; que ustedes son conscientes de este encuentro del hombre americano con su destino, como aparece ya prefigurado en la renovación de nuestra literatura y nuestras artes, y en el movimiento político-social que sacude a todo el continente. Del centro mismo de largas frustraciones y oscuros dolores, surge una lucha de liberación y de esperanza. Hay tal vez en ese siglo de la humanidad pospuesta, una misión propia que nos está reservada en la conquista de una auténtica libertad para el hombre. Creo entonces que se simplifican y deforman las cosas, si se quiere reducir toda esta realidad emergente a términos puramente político-sociales, y hablar de la "revolución latinoamericana". Eso estará bien para quienes ejercen la acción política, pero ni ellos ni nadie, tienen derecho a ignorar que la revolución se desarrolla dentro de un contexto más vasto y más complejo. Ignorar esto, es ciertamente promover el cambio; pero a costa de la renovación.

Nadie que crea en el porvenir y vitalidad de la institución universitaria, podría discrepar de esa exigencia de situar a la Universidad en consonancia con el proceso histórico del que debe formar parte. Esa es la tradición universitaria de Occidente. Las grandes épocas de la vida universitaria son aquellas en las que estas instituciones se han hallado más profundamente comprometidas en la gestación de la historia de sus pueblos. La Universidad medieval revolucionó la Teología, la Filosofía y el Derecho; sin su obra, no se entienden, ni la emergencia del Estado moderno, ni la irrupción de la Ciencia, ni la propia Reforma protestante. El solo nombre de Hegel, puede servir para cifrar el rol trascendental que en el devenir histórico de Europa y el mundo, ha tenido la Universidad alemana del siglo XIX. Y el papel asumido por los Estados Unidos en lo que va de este siglo, se debe en forma determinante al impacto de la universidad norteamericana, que rompió los límites de un provincialismo estrecho, y buscó un camino en consonancia con la apertura de un destino universal para su pueblo.

Todo esto es muy sabido, y debe disculparme si lo recuerdo ahora. Lo hago para insistir en que estas universidades alcanzaron tal significación, en la medida en que fueron fieles al acto originario del espíritu que creó la Universidad. El problema de una Reforma Universitaria, radica precisamente en una pregunta por la naturaleza de ese acto. Porque tenga presente que hay muchos países donde se ha reivindicado para las universidades un rol político-social que a la postre ha quedado reducido al de una montonera política más, desprovista de sentido y trascendencia. La fuerza transformadora de una Universidad, no reside

en la vehemencia irreflexiva de algunos jóvenes; ni en las barricadas que puedan levantarse en ellas; ni en las asonadas que puedan gestarse en su seno. Dígalo, si no, la Universidad latinoamericana, espectadora por lo general agitada, pero inútil en todos los profundos cambios de sus pueblos.

Como ocurre con todas las grandes empresas humanas, hay en el origen de la Universidad, un verdadero acto de fe. En este caso, es un acto de fe en el valor del saber recibido en comunidad. Esta afirmación del espíritu, se ha hallado siempre en la base de la Universidad. Ya se trate de ir en las huellas de la "lex æterna" en la Universidad medieval, ya en el desenvolvimiento de la idea en el pensamiento de W. von Humboldt, ya en la validez y eficacia de la ciencia positiva, la Universidad se ha estructurado siempre en el supuesto de que el saber cambia las dimensiones de la existencia humana, corroe el mundo complaciente de la cotidianeidad, deja al hombre al descubierto, destruye sus ídolos y le revela sus dioses. Ese acto de saber ha sido concebido siempre en la Universidad como un acto esencialmente, constitutivamente comunitario. Su concreción es el lenguaje, que funda el mundo que nos es común, desde que si somos hombres, es porque podemos oír los unos de los otros, porque somos capaces del diálogo, esto es, de actuar a través de la palabra.

Estoy convencido de que este acto de fe originario, tiene que encontrar un sitio en la sociedad humana. Si la institución universitaria se lo niega, tendrá que buscar en otra parte; y sus frutos se verán probablemente deformados y empobrecidos; pero la Universidad que lo haya rechazado, quedará reducida a ser la más necia y trivial de las empresas.

La tarea de la Reforma Universitaria es precisamente la de explicitar este acto fundamental del espíritu humano en el contexto de la sociedad de nuestro tiempo. ¿Cómo se puede lograr una auténtica Universidad hoy día?: Una Universidad que sea, a la vez crítica y sensible frente a las urgencias; que sea eficaz sin perderse en la técnica; que sea independiente y solidaria; que dé formación sin hacer proselitismo; a la que no la seduzcan los cambios, sino la renovación; una Universidad en suma, que haga patentes en sus determinaciones concretas, todo el valor y la pureza del acto original del que nació.

En la medida en que la Universidad escoja ser fiel a su destino, ella se transformará en una palanca de cambios más radicales y decisivos que los que hoy día se pueden soñar. Y si ustedes quieren hacerla fiel, nos encontrarán a muchos a su lado, sin que importen las diferencias que han de producirse en muchísimos aspectos; y en ese sentido puedo decirle que apoyo sin reservas a la Reforma Universitaria.

Creo sí que hay un peligro real de que el movimiento estudiantil llegue a traicionar al espíritu de la Universidad. Esa traición puede

5

producirse por causa de dos tentaciones, íntimamente enlazadas: la del totalitarismo, y la de la mediocridad.

La primera aflora en muchos aspectos negativos de nuestras polémicas de hoy: el uso indiscriminado de slogans y simplificaciones que caricaturizan los términos reales del problema; la tentativa de descalificar a los adversarios por denominaciones como la de "antirreformista", que carecen de sentido real; la amenaza repetida aunque velada del recurso a la fuerza, etc. Todo esto podría ser tenido por consecuencia de pasiones momentáneas, si no estuviéramos viendo que se manifiesta ya en hechos degradantes: la persecución de que están siendo objeto los profesores disidentes en alguna Escuela, empieza a recordar los días de la Universidad peronista.

Esta tentación es explicable. La Ciencia y la Técnica son hoy elementos decisivos en el ejercicio del poder. Es lógico entonces que el político pretenda adueñarse de sus fuentes, para usar esa herramienta a su servicio. Por otra parte, las Universidades son, por su irradiación a la comunidad y por la fuerza de su juventud, "áreas estratégicas" de la mayor importancia. Eso era lo que intuía Napoleón al enunciar que su propósito al fundar la Universidad era "crear un instrumento para dirigir las opiniones morales y políticas de la Nación". En esa línea, han ido muchos estados modernos, que han llegado hasta la destrucción de sus Universidades. A pesar de tan funestos resultados, habrá siempre quienes se sientan atraídos a seguirla, llevados tal vez por esa fascinación abominable que el totalitarismo ha ejercido siempre sobre los espíritus débiles.

Por eso, me inquietan algunas de las expresiones que oigo usar. Si se pide, por ejemplo, "la progresiva vinculación de la Universidad a un proceso histórico del que es dueño el pueblo que camina", o si se dice que "la misión trascendental de la Universidad es estar al servicio del cambio", puede ser que se esté sólo recurriendo a una mala manera de decir una verdad. Pero también puede ser que se esté introduciendo una monstruosa deformación de criterios. Puede ser que se apunte a una necesidad permanente e ineludible de reforma, por la cual la comunidad universitaria se hace parte de su pueblo, buscando depurarse para que ningún interés espurio, ni egoísmo de clase, ni presión foránea, la hagan traicionar su vocación indagadora. Pero, para otros, esas mismas palabras significan transformarla en un instrumento para cambios cuyo sentido y estrategia están ya definidos. La Universidad deja de ser el centro vivo y pasa a ser un instrumento de decisiones adoptadas por grupos de presión ajenos a ella.

Hay afirmaciones ligeras que corren entre nosotros como fuego, y que repetidas y deformadas por el uso, van creando un ambiente propicio al dominio sin contrapeso de algunos. Se condena por ahí a velas apagadas, la enajenación cultural, las mistificaciones ideológicas, en las que estarían sumidos los hombres de ciencia de la Universidad, servi-

dores inconscientes de intereses foráneos, y representantes de la tecnocracia del lucro. Es significativo que no se establezca aquí distinción entre lo que puede ser un proceso de enajenación cultural, y lo que es sólo participación en el movimiento mundial de las ideas. Cuando nosotros publicamos en el extranjero algún trabajo, hecho entre nosotros, difundido en nuestro propio ambiente científico chileno (parte al fin y al cabo de la realidad nacional), nos estamos alienando a nuestro pueblo. Cuando ellos nos llueven encima con Marcuse, Althusser y otros autores de raigambre no muy criolla, entonces siguen ellos siendo los defensores de lo autóctono. Ignoro cuál sea el carisma que han recibido, y que transforma su enajenación en realidad. Todo esto podría no ser grave, si no fuera que esas tesis, repetidas por personas inexpertas pero apasionadas, se van transformando en un llamado repugnante al chauvinismo: desconfiar y huir de lo extranjero es un signo de debilidad cultural que se repite a lo largo de la historia, asomando siempre en boca de quienes temen que una definición de los destinos de su pueblo en términos de la colectividad universal, barra con la estrechez pueril en que se refugian. ¡He conocido tanto mal investigador, tanto profesor mediocre y artista ramplón que trataba de ocultarse en esta defensa de lo autóctono! Pero para quitarle importancia a esto, habría que olvidarse del papel que el chauvinismo ha jugado en los totalitarismos de este siglo.

La segunda tentación es la de mediocridad. Se halla íntimamente conectada con la anterior, porque una Universidad mediocre, tiende espontáneamente a formas de tiranía ideológica, y una Universidad totalitaria es necesariamente mediocre. Por eso, muchas de las características que paso a señalar, podrían haber quedado incluidas en los párrafos precedentes.

Mire usted por ejemplo la desaprensión con que se habla de la Ciencia en nuestros ambientes "reformistas". La Ciencia —se nos dice— debe orientarse hacia la realidad nacional, como si esta realidad fuera un algo predefinido, e independiente del espíritu del científico que busca. Yo me pregunto si las personas que esto dicen, han pensado alguna vez en qué cosa sea la Ciencia, y la realidad hacia la cual ella se dirige. Si lo hubieran hecho, creo que no podrían venirnos con esta sabiduría de almanaque. Lo más propio del movimiento creador del espíritu, es dibujar el entorno de la realidad hacia la cual deberá moverse; y hoy se pretende que esa realidad sea definida desde fuera de la Ciencia, y se le deja a ésta la función de indagar datos y establecer correlaciones en esa realidad predeterminada. A esa Ciencia comprometida, tal como al Arte comprometido, se les niega su tarea específica, su misión irrenunciable: fundar un mundo, convocar una realidad. Se les entrega en cambio una tarea subalterna y se las despoja así radicalmente de su capacidad de crear un mundo nuevo, destruyendo los supuestos del actual. ¿No cree usted en verdad que es lastimoso?

7

Para no alargarme, no hago la exégesis del resto de los lugares comunes con que nos atosigan hoy día: el saber por el saber, y el saber para el hombre; la Ciencia pura y la Ciencia aplicada; la primacía de lo científico o de lo social etc. En su mayor parte, no son sino juegos de palabras sin ingenio; pero tienen invadido y sofocado nuestro ambiente, y lo que es muy grave, tienen intoxicada a buena parte de nuestra juventud.

Si se suprime una perspectiva exigente de superación espiritual, la idea misma de comunidad universitaria se derrumba, y pasa a representar sólo una chata forma de convivencia para personas condenadas a estar juntas. Somos una comunidad en virtud de una gran tarea que tenemos en común; es el despliegue de esa gran tarea lo que da sentido al bien común universitario, y es capaz de sustentar normas válidas de derecho que nos rijan. Pero si las luchas por el poder nos distraen de nuestra auténtica misión en el orden del espíritu, y si tenemos que transar con cualquier cosa para mantenernos encumbrados, entonces haremos sólo una obra miserable; y lo que pomposamente llamemos la comunidad universitaria, no será más que una asociación lugareña, sin responsabilidad, tarea ni destino.

Es cierto que han hecho confianza a su movimiento personas cuya calidad universitaria está fuera de discusión. Pero me sorprende, tal como debe de sorprenderlos a ustedes, el ver bailando al son de la Reforma, a muchos que nunca se inquietaron por ella. Cuando los oigo hablar del rol que se le ha de asignar a una Ciencia a la que no conocen ni siquiera de salud; cuando exigen un compromiso con una Universidad a cuyas luchas y esfuerzos se han mantenido ajenos, entonces me pregunto: ¿Cómo pudo acontecer esta cosa increíble, que a un movimiento limpio, profundamente exigente y bien intencionado, le hayan salido tales compañeros de ruta, que deforman su rostro y lo tornan en la caricatura de lo que pudo haber sido?

Si no entro en pormenores, es porque quiero mantenerme en el plano de lo que podría llamarse el "espíritu de la reforma", o "una perspectiva reformista". Pero las ideas que le expongo, afloraron muchas veces en las cosas que tratábamos con los estudiantes en el tiempo en que seguíamos los mismos caminos. Aquel "compromiso con la verdad" del que se hablaba, no podía ser con la verdad hallada, sino con la verdad buscada: y es hondamente cierto que ese compromiso es el nexo radical de la Universidad con el espíritu. En una carta dirigida hace años a Manuel Antonio Garretón, le expresaba yo mi convicción de que no era tanto un cambio de estructuras, como un cambio en su escala de valores lo que la Universidad precisaba. Cuando ustedes se quejaban, y con razón de la deformación profesionalizante de la Universidad, no hacían más que apuntar a una de las perversiones del espíritu universitario, por lo cual el fruto útil se sustituye a la planta que da vida, los sarmientos a la vid. Cuando pedíamos que se exten-

dieran a Facultades postergadas, los beneficios de una enseñanza científica moderna, estábamos diciendo que hay cosas esenciales que la Universidad no puede negarle a ninguno de los suyos. Cuando advertíamos el peligro del subdesarrollo de la Filosofía y las Humanidades, expresábamos la angustia de ver a la Universidad infiel a su misión. Cuando pedíamos que fueran los universitarios los que dirigieran la Universidad, no íbamos tras un privilegio mezquino, sino que buscábamos poner nuestra tarea en manos de quienes le estuvieran consagrados. Frente a muchas distorsiones del espíritu universitario, reaccionábamos juntos, y creo honradamente, que lo que nos movía era el deseo de ofrecerle a esta generación el fruto magnífico de una Universidad verdadera.

Hoy estamos dolorosamente separados. Sería una obcecada presunción de mi parte, sostener que no tengo culpa alguna; y estaré siempre dispuesto a volver sobre un error. Pero sería desleal si no dijera ahora lo que pienso sobre un aspecto importante del movimiento estudiantil. Hace unos tres años que ese movimiento optó por dejar en segundo plano las ideas sobre reforma universitaria, y concentrarse en la lucha por el poder universitario. Tal vez creyeron sus dirigentes que una opción como esa podía hacerse impunemente, y que ya habría ocasión después del triunfo, de retomar el hilo de la auténtica reforma; pero la verdad, es que en las cosas del espíritu, los medios condicionan el fin. Desde un punto de vista "estratégico", tenían ciertamente razón: es más fácil mover con ideas-fuerza, simples en su contenido y cargadas de afectividad, que con los secos y laboriosos trabajos que la reforma requería. Desde aquel tiempo, los planteamientos se hicieron cada vez más simples, más categóricos, menos programáticos; hasta que con el slogan "nuevos hombres para la Nueva Universidad", se allegó la fuerza suficiente para conquistar el poder. Todo esto solo pudo hacerse a costa de la marginación del profesorado, a costa de la postergación de los problemas esenciales, y de la transformación de un movimiento estudiantil en una fría y eficiente máquina para el dominio. Creo que fue esta historia previa, la que condicionó la política seguida posteriormente por FEUC, de ignorar a los profesores, de rehuir contactos con ellos, y de ir creando la sensación de que la Universidad, "área estratégica", había pasado a ser "tierra conquistada". En el curso de estas maniobras, el contenido ideológico de la Reforma se disgregó cada vez más, y se hizo cada día más impreciso y acomodaticio; y a los reformadores les fue imposible evitar que se sumaran a sus huestes, algunos grupos vacíos de contenido universitario. Junto a ellos, pueden prosperar a sus anchas en un conglomerado de esa índole, grupos de fanáticos dispuestos a usarlos sin contemplación alguna, en la lucha por sus estrechos y esterilizantes ideales. Y así se encuentran hoy, con una gran suma de poder en las manos, con las más peligrosas e incongruentes distorsiones ideológicas en su seno, con un contingente de aliados bastante original,

9

y con un bagaje pobrísimo de ideas. Hasta eso ha podido llevar la ambición desorbitada, a un movimiento en el que llegó a latir uno de los anhelos más puros de nuestra juventud.

No puedo ocultarle que vacilé antes de responder a su manifiesto. Es posible que yo esté catalogado entre los reaccionarios de ayer y oportunistas de hoy, que obstruyen sutil o descaradamente el camino de la Reforma. Pero pensé que, aunque así fuera, debía yo hacer todo lo posible para romper el entredicho en que nos encontramos. Obró en mí el recuerdo de otros tiempos, en los que tratábamos de forjar juntos una Universidad verdadera. Me urgió la convicción de que para evitarle a la revolución latinoamericana de nuestro tiempo la triste suerte de sus congéneres de los últimos ciento cincuenta años, es necesario desarrollar un proceso de crítica radical y continuada de nuestros supuestos culturales. Pensé que más allá de traiciones y renunciaciones, hay entre nuestros estudiantes, una voluntad casi poética de fundar el mundo nuevo de mañana. Y pensé que ese gran sobresalto, que no obedece a planes, es capaz de hacer brechas en muros reputados impasables, y de abrir más amplios y alegres horizontes.

Es cierto que, por ser humano, tiene este impulso la posibilidad de pervertirse, y en vez de ser liberador, hacerse achatador y esclavizante. No temo en ese caso enfrentarlo y combatirlo. No me importa perder en esta lucha, porque ese es el terreno donde he jugado sin reservas las mejores energías de mi vida. Por eso, no le temo al conflicto; le tengo miedo sólo a ser cómplice de la injusticia; deseo ardientemente la unión; pero no a costa de la verdad. Deseo colaborar lealmente, y al máximo de mis capacidades, con las autoridades universitarias que nos rigen; pero si nuestra Universidad se orientara un día según los principios que condeno, no habría halago ni amenaza que me pudiera inducir a sumarme a un sistema corrompido.

Dicen ustedes que, sin los profesores, la Reforma es imposible. Yo creo que también lo es sin los alumnos. Por eso, al decidir hacer un esfuerzo para restablecer el contacto vital con ellos, he decidido dirigirme antes que nadie a usted, porque es el Presidente de la Federación, y porque de usted salió el llamado a la unidad. Y con eso termino esta carta, ya muy larga. No sé si es una vana ilusión pensar que pudiéramos desde ya trabajar juntos, después de tantas cosas que han pasado; pero en todo caso, y si tenemos buena voluntad, deberíamos ser capaces de andar desde ya por caminos convergentes, para reencontrarnos en una auténtica reforma universitaria.

Lo saluda atentamente su afmo.

JUAN DE DIOS VIAL CORREA

P.D. Creo que su contenido aconseja tratar esta carta como abierta.